

El deporte, una potencial herramienta formativa

■ **CARLES GONZÁLEZ ARÉVALO**
Profesor del INEFC-Barcelona



Un 2004 deportivo... y muy educativo

El año 2004 ha sido declarado por el Consejo de la Unión Europea y el Parlamento Europeo como “*El año europeo de la educación mediante el deporte*”. Es una oportunidad única para hablar y reflexionar juntos sobre el potencial educativo del deporte. No es el año europeo del deporte, ni tampoco el año europeo de la Educación Física: es el año europeo de la educación mediante el deporte. Dicho de otra forma: durante el 2004 los gobiernos de los diferentes países europeos se han preocupado de promover el deporte como una herramienta educativa.

Ahora bien, mientras por un lado desde las instituciones europeas superiores se habla del deporte como una herramienta y vehículo educativo, por otro vemos cómo el deporte de élite inunda, acapara y algunas veces colapsa cada día más nuestro entorno con unos valores que, desgraciadamente, en la mayoría de ocasiones, entra en contradicción con el deporte educativo. No es necesario decir que me estoy refiriendo básicamente al inefable negocio mediático –debía aparecer este término– denominado fútbol profesional. Día tras día se multiplican las declaraciones, hechos y acciones, acciones realizadas por personas y personajes, que son absolutamente contrapuestas a la promoción educativa del deporte y que, además, son estas declaraciones, hechos y acciones lo que más llega a quienes queremos educar a través del deporte: los niños y jóvenes. De esta manera vemos cómo no siempre es fácil relacionar de forma positiva el deporte y la educación y, por tanto, en este año europeo de la educación a través del deporte, las instituciones europeas tienen un gran reto ante sí, en el cual los profesionales de la educación en el ámbito de

la actividad física y deportiva (monitores, profesores, entrenadores...) hemos de contribuir. Debemos implicarnos porque el deporte es un elemento fundamental en nuestra cultura y no podemos dejar que sea absolutamente ahogado por los valores negativos que vemos continuamente en nuestro entorno; hemos de rescatar sus valores intrínsecos y potenciarlos en nuestra actividad diaria. ¿Cómo? Haciendo propuestas, manifestándonos... pero, sobre todo, formando personas críticas (sean alumnos, jugadores, usuarios...), críticos con aquello que les llega de todas partes de la denominada sociedad de la información (desinformación, como dicen algunos) en que vivimos.

Éste es el buen camino, y para comenzar, como si se tratara del camino de Santiago, he elaborado este artículo en que, aparte de ciertas reflexiones obligadas, hago unas cuantas propuestas que pretenden ser una modesta guía para ayudar a todos aquellos que de una manera u otra educan a través del deporte.

Tal y como he anunciado, el hecho de asociar deporte de alto nivel o deporte de alto rendimiento y educación no es nada fácil. Es más, pueden llegar a ser términos antagónicos. Si afinamos más y centramos el análisis en lo que sucede en el fútbol profesional de nuestro país domingo tras domingo, el binomio deporte-educación se rompe del todo. Y es una pena, una auténtica lástima.

El caso del fútbol profesional

El fútbol profesional actúa como “efecto espejo” de muchos niños y niñas. Es lo que podríamos bautizar con el título “*Quiero ser como Beckham*”, una interesante película que relaciona precisa-

mente deporte y educación. Pero, ¿qué tiene el fútbol para haberse convertido en un auténtico deporte de masas? ¿Por qué el fútbol es el deporte rey en nuestro país?

- Hay un gran número de fichas federativas tanto de fútbol como de fútbol sala. Como indicador nos puede ser útil la estadística de participación en los Juegos Escolares de Cataluña durante el curso 2000-2001. Los participantes inscritos en fútbol y fútbol sala representan casi la mitad de las licencias totales. Todo ello sin contar con el deporte federado no escolar, que abarcaría un amplio abanico de edades.
- Hay muchas competiciones o ligas populares donde grupos de amigos o compañeros de trabajo quedan un día a la semana para hacer el “partidillo” de fútbol, fútbol sala o fútbol 7 y... por qué no, la cerveza posterior.
- El fútbol mueve un gran número de espectadores de los equipos profesionales, pero también de los amateurs y de los equipos de niños y niñas en edad escolar.
- Un tanto por ciento muy elevado de la población es de uno u otro equipo, y en muchos casos existe un verdadero sentimiento de adhesión e identificación con unos determinados colores, con una bandera, con un territorio.
- Alrededor del fútbol existe un *merchandising* que genera una gran cantidad de dinero: venta de camisetas, objetos de regalo, de consumo con los colores de los diferentes equipos, las tiendas de los equipos grandes...
- Los jugadores se han convertido en auténticas estrellas mediáticas como deportistas: “Yo de mayor quiero ser como...” Pero son considerados tam-

bién como *sex symbols*, lo cual hace que el fútbol acapare la atención de muchas chicas adolescentes poco interesadas en este deporte. El caso más emblemático es el de Beckham, del Real Madrid, un jugador que llena más páginas de revistas del corazón que las propiamente deportivas.

- Muchos niños y niñas que juegan en las categorías inferiores de los grandes equipos formando parte de la cantera sueñan con llegar al primer equipo.
- Muchos niños y niñas que juegan en otros equipos sueñan con ser fichados por grandes clubes.
- El fútbol mueve cantidades desorbitadas de dinero (contratos millonarios, traspasos insensatos, entradas muy caras, cuotas de socios altas...). Las fichas de los jugadores profesionales son extremadamente altas, y no parece que exista la intención de cambiar el rumbo de esta situación.

El potencial educativo del fútbol

Una vez demostrada la gran influencia que el fútbol profesional puede ejercer en los niños y niñas de nuestro país, estamos en disposición de afirmar que el fútbol tiene un potencial educativo que, canalizado de forma correcta, podría servir para educar y formar futuros ciudadanos más cívicos, mejor educados.

Lo que sucede en un terreno de juego es una especie de “fotocopia reducida” de una sociedad. Una reducción de la vida real. Y como reducción es una forma más asequible para trabajar y adquirir una serie de valores que son del todo válidas en nuestra vida diaria. Tener, pues, la posibilidad de observar y participar del deporte activamente puede ser una fuente de adquisición de valores para vivir en sociedad. Lástima que todo el entramado económico y social que genera el fútbol de alto nivel derive día tras día en tristes episodios de contravalores, convirtiendo este tipo de deporte en un deporte que educa, por desgracia, en la adquisición de contravalores y no en valores, como nos gustaría que

fuese. En este sentido, podemos hablar del fútbol de alta competición como un deporte antieducativo.

Podemos afirmar, pues, que el fútbol profesional posee un gran potencial educativo que no se aprovecha. Por un lado, el fútbol como deporte es un entorno ideal para el desarrollo de valores sociales tales como el respeto, la solidaridad, la cooperación, pero cuando hablamos de fútbol profesional muchas veces lo que se transmite son contravalores como la exclusión, la violencia, la mentira, el engaño y el individualismo exagerado. Si la finalidad del deporte profesional es el éxito por encima de todo, ganar a cualquier precio muchas veces sirve para justificar conductas ciertamente reprobables que provienen de todos aquellos que forman parte del entorno de este deporte (directivos, jugadores, espectadores, entrenadores...)

Este componente de éxito, por encima de todo, nos está llevando a situaciones como las descritas por Gutiérrez Sanmartín en uno de sus libros.¹

[...] las frecuentes faltas y juego sucio en los partidos de fútbol, las agresiones y auténticas guerras entre espectadores y seguidores de distintos equipos y los abundantes insultos y ofensas personales en diversos ambientes deportivos, enturbian el disfrute lúdico del juego y del espectáculo como tal.

Si a esto le añadimos que son precisamente estas situaciones las que nos bombardean desde los medios de comunicación y seguidas bien de cerca por el público joven, estamos ante un cóctel difícil de digerir.

El caso “Roberto Carlos”, tan sólo un ejemplo

Para ilustrar esta reflexión tenemos infinidad de ejemplos. Podría haber escogido cualquiera. Analizaré uno de los que más repercusión tuvo en prensa y televisión. Con sinceridad, el ejemplo que ahora comentaré fue el detonante para atreverme a redactar este artículo: la agresión de Roberto Carlos a un jugador del Bayern de

Munich, en un partido de Champions el pasado 25 de febrero. El argentino Demichelis realizó una dura entrada a Roberto Carlos; el árbitro pitó falta y le mostró la tarjeta amarilla. Una vez en el suelo, el jugador del Real Madrid propinó un puñetazo en la cara al centrocampista del Bayern. El árbitro no vio esta agresión posterior y, por tanto, no la hizo constar en acta.

El jugador argentino hace una entrada muy fuerte y Roberto Carlos se la devuelve. Feo. ¿Cuántas veces hemos vivido una situación similar en categorías inferiores? Tomarse la justicia por su mano no es precisamente un valor a transmitir al joven actual. “Ojo por ojo, diente por diente”. Y no sólo en el mundo del deporte. Tristes acontecimientos que se han llegado a producir en nuestra sociedad nos hacen pensar, como decía Gandhi, que si continuamos con el “ojo por ojo... nos quedaremos todos ciegos”

El “currículum oculto” del fútbol

Analizando estos hechos podemos darnos cuenta de que el problema no es tanto si hubo agresión o no. Eso es indiscutible. Todo el mundo lo vio. Todo el mundo lo acepta. Lo que se discute es que si el árbitro no lo ve en el terreno de juego y por tanto no lo hace constar en acta, ¿por qué la acción ha de ser sancionada? Entre los “futboleros” existe un “currículum oculto” que se transmite desde bien pequeños y que dice que lo que pasa en el campo... se queda en el campo. Cuando conoció la sanción que le habían impuesto, Roberto Carlos comentó: “esta gente nunca ha jugado al fútbol y no sabe lo que se siente en un campo. Sentado fumando y bebiendo ante la tele es fácil sancionar”. El propio árbitro, cuando vio las imágenes por televisión, comentó, con buen criterio, que si lo hubiese visto le hubiera sacado la tarjeta roja directa a Roberto Carlos. Pero como no lo vio *in situ*, a pesar de que en el vídeo resulta evidente, no es posible cambiar nada y no se puede castigar la acción violenta de Roberto Carlos. Sin querer

¹ Citado por M. Prat y S. Soler en *Actitudes, valores y normas de la educación física y el deporte*, Barcelona, INDE, 2003, p. 103.

enjuiciar si la falta del jugador argentino era merecedora de tarjeta roja directa, lo que sí es cierto es que la acción fue castigada por el árbitro. Es decir, vio la falta, la pitó y la sancionó con tarjeta. Desde mi punto de vista, si una agresión nunca es justificable, todavía lo es menos si el juez del encuentro ha castigado la acción del jugador que ha cometido la falta y que desencadenó la agresión posterior. En definitiva, el jugador del Bayern se ha visto doblemente sancionado: por un lado, reglamentariamente con una tarjeta, y por otro, de forma violenta y antideportiva con una agresión.

Existen muchas más normas entre jugadores que no están escritas, que no forman parte del reglamento, pero que son sagradas: ir a hablar/protestar con el árbitro con las manos atrás (parece que así ya tienes vía libre para protestar), intentar poner la pelota lo más adelantada posible a la hora de ejecutar una falta, colocar la línea defensiva acortando los pasos señalados por el árbitro, ir al córner contrario a perder tiempo cuando tu equipo va ganando, hacer faltas que muchos comentaristas califican como “tácticas”, como si provocar una falta estuviese justificado desde un punto de vista estratégico, etc. Curiosamente, la gran mayoría son pequeñas trampas o actitudes poco deportivas, con una excepción: existe una actitud que, esté como esté el resultado, pase lo que pase en el terreno de juego, siempre se respeta: lanzar la pelota fuera cuando un jugador del equipo contrario está lesionado y devolverla después. No entraremos ahora a analizar en qué punto del terreno de juego se acostumbra a devolver la pelota. Es una de las pocas situaciones del “currículum oculto” del fútbol que transmite un valor positivo; justo antes, es posible que se haya producido una dura entrada táctica intencionada, pero, eso sí, somos unos señores y enviamos la pelota fuera para que sea atendido el adversario después de tan desgraciado tropiezo.

La sanción del Comité de Competición

Continuemos con el caso Roberto Carlos. El Comité, después de haber analizado las imágenes que le llegan por televisión, se re-

úne y decide castigar la acción del jugador con dos partidos. Resulta que la sanción podría haber sido de hasta tres partidos, pero tan sólo le castigan con dos porque consideran como atenuante el hecho de ser una reacción de una entrada del rival.

No quiero juzgar si son pocos dos o tres partidos, y en la línea de lo que comentaba en el punto anterior, lo que me parece más grave es que sea un atenuante responder a una acción del juego que además ha sido castigada por el árbitro. A partir de la decisión del Comité se comienzan a publicar comentarios que salen en prensa y televisión que a veces pueden ser más perjudiciales incluso que la propia acción de Roberto Carlos.

Butrageño, director deportivo del Real Madrid, comentó que con este precedente corría el riesgo de que todos los clubes enviasen vídeos al Comité cuando se produjese una acción en contra de sus intereses.

Entramos ahora en una de las más típicas reacciones de la parte castigada. Cuando llamas la atención a un joven (y no tan joven) por una cosa que ha hecho mal, la primera reacción acostumbra a ser: “¿pero qué he hecho?” El futbolista manifiesta esta expresión levantando los brazos inmediatamente después de provocar una falta, como diciendo: “no le he tocado”, “yo no le he hecho nada”. Cuando le das la explicación y el joven se ve sin salida, entonces llega la siguiente reacción: “aquel también lo ha hecho y no le has dicho nada”. Esta reacción la tuvo el propio presidente del Real Madrid, Florentino Pérez, cuando le comentó al presidente de la Real Sociedad que ellos también podrían pedir una sanción para el brasileño Edmilson, por darle un puñetazo a Alkiza durante el partido de la Champions, Real Sociedad-Lyon. O el propio jugador sancionado, cuando declara que “esta pena no está escrita en ningún libro. Si he agredido que me impongan los cuatro partidos; si no, que me quiten la sanción. Está claro que hay que cambiar el reglamento. Esto no puede seguir así”. Roberto Carlos, para intentar justificarse y sobre todo, para que le retiren los partidos de sanción, sugiere un cambio en la reglamentación. Puede que tenga razón: su reacción es de cuatro partidos si así lo señala el reglamento.

Muy curiosas también fueron las declaraciones de jugadores de otros equipos, justificando que un jugador, en un momento determinado tenga un “calentón” y responda de una manera violenta. También hay que entender que la agresión posterior es una conducta contraria a la esperanza del juego y, como tal, ha de ser sancionada. Es la única manera de aprender y evitar que vuelva a pasar.

En una ocasión, como entrenador de un equipo infantil de fútbol sala que jugaba en la liga del Consejo del Deporte, tenía un jugador que marcaba la diferencia cuando tenía la pelota en los pies. Íbamos ganando dos a cero, pero este jugador recibía durante todo el partido entradas fuertes por parte de los jugadores del equipo contrario. Con toda la paciencia del mundo aguantó, hasta que se plantó delante del árbitro y le dijo, chillando: “estoy hasta los c...”. Inmediatamente después de esta acción, pido cambio al árbitro y me dice: “pero si no tienes banquillo”. “Es igual, jugaremos con un jugador menos, pero no puedo permitir actitudes de este tipo aunque tenga toda la razón del mundo”, le contesté. Perdimos tres a dos. Pero desde el punto de vista educativo este mismo jugador, sus compañeros y yo mismo ganamos mucho más allá del resultado final.

Para acabar con este caso, una última declaración de Roberto Carlos que puede resumir el fondo y la forma de lo que sucedió: “lo único que hice fue defenderme de una entrada muy fuerte”. Con todos mis respetos hacia Roberto, es por esta razón por la que existe un árbitro. El árbitro existe, entre otras razones, para que los jugadores no apliquen la justicia por su cuenta. Lo que hizo el jugador contrario está mal, no se debe hacer, pero el árbitro lo ha visto y lo ha castigado. ¿Qué más quieres? Puede que lo que quieras sea perjudicar a tu equipo, porque si te ve el árbitro agrediendo a un adversario, hubiera sido tu equipo el que se hubiese quedado con un hombre menos. Porque una falta en un momento del juego es una acción castigada dentro del reglamento. Cuando la pelota está fuera del terreno de juego, una falta es una agresión y un acto violento.

A veces, el vídeo sí que sirve

Butrageño dijo que “prearbitrar los partidos es ir matando el fútbol”. Descubramos el entramado de otro hecho sorprendente. Resulta que en un partido muy reciente entre el Barça y el Deportivo de la Coruña este mismo mes de marzo, Motta, jugador del Barça, fue doblemente amonestado por dos “supuestas” entradas fuera de tono. Digo supuestas porque ni la una ni la otra tuvieron como protagonista a Motta. El árbitro le vio y le sancionó con dos tarjetas amarillas y por tanto fue expulsado. En el terreno de juego el árbitro es quien manda, eso dicen. Pero los servicios jurídicos del FC Barcelona enviaron la cinta de vídeo al Comité de Competición para demostrar que el árbitro había cometido un error. No hace falta decir más. Efectivamente, el Comité le retiró ambas tarjetas. En este caso, el vídeo sí que sirve como una prueba y nadie del entorno deportivo ha alzado la voz en contra de su uso. El fútbol profesional tiene eso: incoherencias. Cabe remarcar, hablando de este partido, de una nueva muestra de anti *fair-play* del fútbol profesional: ningún jugador del Depor, ni aquellos que habían recibido las faltas, se acercaron al árbitro para decirle que no había sido Motta. Parece que en el fútbol de alto nivel vale todo. Y todo no vale.

El gran peligro: el deporte en edad escolar

El gran peligro es que todos estos contravalores que, nos guste o no, transmite el fútbol de alto nivel, sobrepasan esta esfera deportiva tan selecta, llegan al deporte de base, al deporte en edad escolar y se reproducen de la misma manera. Y este peligro se está dando. Es evidente que uno de los factores desencadenantes de este hecho es la acción de los medios de comunicación y, muy especialmente, de la televisión.

Uno de los ámbitos más potentes de la educación informal, para niños y jóvenes, es la televisión; es un medio atractivo, persuasivo, que realmente genera modelos negativos a imitar y también algunos

modelos –pocos– positivos. Pero, tal y como señala Salvador Cardús² en su último libro, *Ben educats*, “no es razonable esperar que la televisión sea ‘educativa’ en el sentido de que éste sea su principal y único objetivo”, sino que lo que hace falta es “controlar lo que se ve” y además hace falta que las administraciones reflexionen “*muy a fondo sobre cuál es el papel de las industrias culturales, y particularmente el de la televisión, a la hora de participar, desde su lugar, en la educación cívica de los ciudadanos*”.

Los medios de comunicación, especialmente la televisión, podrían resultar unos aliados fiables para la difusión de los valores educativos que transmite el fútbol profesional, pero en realidad se convierten en verdaderos enemigos, competidores de los educadores.

En cualquier caso, hemos de ser capaces de educar a los niños y niñas para ser ciudadanos críticos con lo que ven en la televisión. Esto ya sería un gran paso.

Y los otros deportes de alto nivel, ¿también son poco educativos?

Deberíamos hacernos esta pregunta. Y también cabría reflexionar sobre la respuesta. Creo que todos estaremos de acuerdo: existen muchos deportes de alto rendimiento o alto nivel que no producen contravalores. Por otro lado, cabe señalar que no tienen, ni mucho menos, el impacto mediático y económico que tiene el fútbol profesional.

Los valores y la identidad del deporte quedan recogidos en su reglamento. Y el reglamento, las reglas del juego, citando de nuevo a Salvador Cardús, no son más que unas convenciones necesarias para que la convivencia en el terreno de juego sea lo más placentera y lúdica posible. A continuación veremos un conjunto de reglas, convenciones, que existen en deportes de alto nivel que ayudan, y mucho, al *fair-play*.

En cualquier deporte de combate (judo, kárate...) el reglamento determina la obligación de saludar al entrar en el tatami o al comenzar y acabar el asalto.

En baloncesto, los jugadores deben levantar la mano cuando hacen una falta. Esta aceptación de la falta cometida es un acto que ayuda al juego limpio. En balonmano, un deporte de mucho contacto, las faltas y las sanciones disciplinarias están muy bien catalogadas con una clara gradación en función de la gravedad de la acción. Por ejemplo, existen la exclusiones, que son expulsiones momentáneas de dos minutos que dejan al equipo infractor en inferioridad, permiten al jugador reflexionar sobre su actuación y volver al terreno de juego.

Tanto el minibaloncesto como el minibalonmano tienen unos reglamentos que intentan extraer el potencial formativo de estos deportes favoreciendo, por ejemplo, las rotaciones entre jugadores, consiguiendo así que no siempre jueguen los mismos, prohibiendo la defensa individual en el caso del minibaloncesto... Reflexionemos sobre las diferencias que existen entre el reglamento del fútbol o incluso del fútbol sala profesional y el reglamento del fútbol y el fútbol sala en edad escolar. Ninguna.

A veces, es el currículo oculto de estos otros deportes el que provoca acciones cívicas: en el voleibol, darse la mano y animarse entre jugadores del mismo equipo al acabar cada punto tanto si se acierta como si se falla; en rugby, el equipo ganador hace el pasillo aplaudiendo al equipo perdedor al finalizar el partido, etc.

Medidas para un fútbol profesional... educativo

El mundo del fútbol profesional está lleno de modelos negativos, de referentes perjudiciales. Entrenadores que protestan las decisiones arbitrales, que aprovechan las ruedas de prensa para quejarse de sus jugadores, directivos que calientan un partido, etc. Vemos, pues, que fruto de la fuerza mediática del fútbol, los profesionales (jugadores, técnicos...) deberían ser más conscientes de la influencia y huella que sus acciones dejan en los niños y jóvenes. Evidentemente, el deporte de competición se mueve por intereses muy alejados del

² Salvador Cardús (2003), *Ben educats*, Barcelona, Edicions La Campana.

mundo educativo pero se debería ayudar a que este vehículo educativo tan utilizado que es el deporte no se estropee... del todo. Así que seguidamente comentaré los granos de arena, más bien rocas, que podrían aportar los jugadores para mejorar la imagen del fútbol profesional.

Disminuir el número de tarjetas amarillas y rojas

Los clubes tienen mucho que decir al respecto. Al margen de la sanción disciplinaria impuesta por el árbitro y el comité de competición posteriormente, debería ser el club quien castigara a sus jugadores, anticipándose a las decisiones de los organismos disciplinarios. Desde mi punto de vista, puedo entender una tarjeta amarilla por una entrada fuerte, en una situación de juego cualquiera, sin premeditación. A partir de aquí el club debería sancionar económicamente al jugador en todas aquellas tarjetas que sobrepasen este límite establecido:

- La segunda amarilla porque determina que el equipo jugará en inferioridad numérica. Una acción individual incorrecta perjudica a todo el colectivo.
- Las tarjetas rojas directas.
- Las tarjetas que sean por una protesta al árbitro.
- Las tarjetas que resulten de una pelea con jugadores adversarios.
- Las tarjetas por pérdidas deliberadas de tiempo cuando el equipo va ganando.

Reconocer la falta cometida

Una acción a favor del juego limpio es levantar la mano para reconocer la falta cometida y facilitar así la tarea arbitral. Es una actitud que demuestra que cualquiera puede cometer una acción incorrecta y que está dispuesto a evitarlo en la próxima ocasión. Existen deportes, por ejemplo, el tenis, donde decisiones arbitrales equivocadas han sido rectificadas por el deportista que se ha beneficiado del error arbitral. Este hecho implica ganar merecidamente.

Pedir disculpas

¿Por qué resulta tan difícil pedir disculpas? La situación ideal inmediatamente después de haber cometido una falta es pedir perdón.

Ayudar a un adversario a levantarse del suelo después de haberle hecho una falta

Una actitud positiva hacia el jugador al que le has hecho la falta.

No engañar al árbitro

Existen muchas maneras de provocar fallos arbitrales: tirándose al suelo simulando un penalti inexistente, provocar una falta para forzar una expulsión o una tarjeta de un adversario, provocar una tarjeta amarilla cuando sólo falta una para cumplir un ciclo y así jugar un partido importante, acelerando la sanción.

No protestar al árbitro

Estamos tan acostumbrados a la protesta posterior a una decisión arbitral que ha llegado un punto en que cuando un jugador no protesta no nos planteamos la posibilidad de error arbitral. Pero también al contrario: cuando nuestro jugador protesta, cuestionamos la decisión de forma inmediata.

La tarea arbitral es lo suficientemente difícil como para complicarla todavía más. Un tema de debate habitual es la profesionalización de los árbitros. Es curioso que un deporte que mueve tanto dinero no haya puesto nunca sobre la mesa, de forma seria, la posibilidad de profesionalizar la tarea arbitral. Al menos, aprovechando los grandes avances tecnológicos, nos podríamos aproximar al sistema de arbitraje del fútbol americano, donde el equipo arbitral está permanentemente conectado a un equipo de cámaras que visualizan cada jugada con poco margen de error. Puede ser poco interesante: el error arbitral humano, genera debates, llena páginas de diarios deportivos, provoca desconfianza...

No escupir en el suelo

La mayoría de los jugadores de fútbol escupen al suelo continuamente. De alto, medio y bajo nivel. Fisiológicamente, no creo que tengan esta necesidad, ya que en otros deportes no es habitual. Este hecho provoca que niños y niñas de edad escolar escupan en partidos de la escuela, en el metro, en el autobús, en la pista polideportiva de la escuela.

No perder el tiempo a propósito

Ésta es una conducta antideportiva y una falta de respeto. En otros deportes, como el balonmano, se sanciona con "juego pasivo", ya que se considera falta que un equipo pierda tiempo y se niegue a atacar. En el mundo del fútbol, cuando falta poco para finalizar el partido que va ganando un jugador se va al corner y pierde tiempo, hace pases a su portero, no avanza, no ataca, no arriesga...

Y nosotros, como educadores, ¿podemos hacer alguna cosa?

En el deporte, como en la vida, eso que se llama "dar ejemplo" es una de las maneras más eficaces de triunfar en el mundo de la educación de los valores. El profesor que quiere que sus alumnos sean puntuales, ha de ser siempre el primero en llegar; si quiere ser exigente con el alumnado, en primer lugar ha de ser exigente consigo mismo. Eso se llama ser coherente y responsable por el hecho de que somos el modelo más inmediato que tienen los niños y jóvenes que estamos educando. Básicamente, tal y como decía en la parte introductoria del artículo, nuestra tarea ha de ir encaminada a formar ciudadanos bien educados para que respeten unas normas mínimas pero necesarias, para hacer posible una mejor convivencia y porque debemos de ser críticos con todo aquello que nos rodea. Y uno de los elementos más presentes en el entorno de los niños y jóvenes es el deporte, y, muy especialmente, el deporte rey de nuestro país: el fútbol.